ERNESTO SABATO Y LA LITERATURA COMO INDAGACION

Una y otra vez, en escritos y declaraciones, Sábato se ha pronunciado por la novela metafísica, por una novela ocupada en la indagación de los enigmas de la condición del hombre contemporáneo, o del hombre simplemente, y a cuyas características se ajustarían sus obras de ficción: «Mala o buena —ha asegurado— mi narrativa se propone el examen de los dilemas últimos de la condición humana: la soledad y la muerte, la esperanza o la desesperación, el ansia de poder, la búsqueda de lo absoluto, el sentido de la existencia, la presencia o ausencia de Dios. No sé si he logrado expresar cabalmente esos dramas metafísicos, pero en todo caso es lo que me propuse» (1). Desde tal perspectiva sus novelas han sido objeto de numerosos análisis (con frecuencia comentarios más bien), que en buena parte se han limitado a constatar en ellas el planteamiento y desarrollo de los problemas previstos. Pero la obra de Sábato ofrece otros muchos aspectos merecedores de estudio, de discusión o de mera dilucidación, y el hecho de que un hombre procedente del campo de la ciencia (su «compañero de viaje» durante muchos años) termine por atribuir a la literatura tan decisiva función gnoseológica no es el de menor interés. De él nos ocuparemos en las páginas que siguen.

En *Uno y el Universo* (1945) puede observarse el resultado de la crisis que se iniciara en los años vividos por Sábato en París. Su actividad como científico aún constituye un pasado reciente, y en sus reflexiones sobre la ciencia se encuentran tal vez las claves de la evolución posterior de su pensamiento. Especialmente consciente de la crisis epistemológica de la época, cuestiona una y otra vez la capacidad humana para acceder al conocimiento de la realidad exterior, e incluso sugiere en alguna ocasión —motivado por la lectura de obras como *La invención de Morel* o *La muerte y la brújula*— la posible condición fantasmal del universo. Sin duda no carecen de atractivo para Sábato los planteamientos filosóficos que a lo largo de la his-

(1) Entrevista en *Cuadernos para el Diálogo*, 195, enero de 1977, p. 53.

toria han puesto en entredicho nuestra concepción ingenua de la «realidad exterior», la posibilidad de conocerla o su propia existencia, desde Parménides a Bertrand Russell, pasando por Berkeley, Hume y un largo etcétera. Para su posterior decantación en favor del conocimiento a través de la literatura, varios aspectos parecen decisivos, y uno de ellos es, desde luego, la consciencia de las limitaciones del conocimiento científico. «En la ciencia —señala— hay un elemento eterno y otro mortal: el primero es el método, que consiste en observación cuidadosa y razonamiento impecable; la parte mortal es, en cambio, el conocimiento mismo. La teoría de Tolomeo fue superada por la de Copérnico, ésta por la de Einstein y la de Einstein ha de ser superada por otra más compleja. El desarrollo *del pensamiento* se hace a menudo a través de estas negaciones dialécticas. Esta mortalidad del conocimiento es lo que hace tan cautelosos a los hombres de ciencia, que nunca son dogmáticos cuando son auténticos.» Y concluye: «Si hay algo seguro en nuestros conocimientos es la verdad de que todos los conocimientos actuales son total o parcialmente equivocados» (2).

Interesantes son también sus reflexiones sobre el principio de indeterminación, que desde su misma definición deja entrever serias dificultades. «Ni los propios hombres de ciencia —escribe Sábato— han logrado ponerse de acuerdo, todavía, sobre el contenido y el nombre del principio: los que proponen denominarlo Principio de Indeterminación creen que es la exteriorización de una indeterminación esencial de la naturaleza; los otros opinan que debe interpretarse como una fórmula taxativa, quizá como una medida de impotencia humana o actual de alcanzar el mundo físico, y por eso proponen que se denomine Principio de Incerteza» (U, 87). En cualquier caso quedarían de manifiesto las limitaciones a que se enfrenta el conocimiento científico, bien derivadas de las condiciones de su objeto de estudio, bien de las del sujeto que investiga y los medios empleados. Por otra parte, y también Sábato lo ha señalado, la formidable cantidad de conocimientos parciales aportados por la ciencia moderna ha puesto a prueba la capacidad humana para racionalizar la realidad.

Pero los límites y las dificultades del conocimiento científico, la condición precaria de sus logros, no parecen razón suficiente para optar por un impreciso conocimiento metafísico, aún más expuesto al

(2) *Uno y el Universo,* p. 44.

Para evitar innecesarias notas a pie de página, en lo sucesivo nos limitaremos a indicar, tras las citas, la página y el libro a que corresponden, en las ediciones siguientes: U = *Uno y el Universo,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, S. A., 1969; HE = *Hombres y engranajes,* Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1970; H = *Heterodoxia,* Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1970, y EF = *El escritor y sus fantasmas,* Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1981.

desgaste del tiempo, y cuyo objeto carece de contornos nítidos. Los razonamientos de Sábato se complican con la decisiva importancia que atribuye al carácter abstracto del lenguaje científico como factor de deshumanización y de alejamiento de la realidad: «El ciudadano cree con fervor en la ciencia y adora a Einstein y a Madame Curie. Pero, por un destino melancólico, en este momento de esplendor popular, muchos profesionales comienzan a dudar de su poder» (U, 26); y explica: «Probablemente, este desencuentro entre el profesional y el profano se debe a que el desarrollo de la ciencia a la vez implica un creciente poder y una creciente abstracción. El hombre de la calle sólo ve lo primero, siempre dispuesto a acoger favorablemente a los vencedores; el teórico ve ambos aspectos, pero el segundo empieza a preocuparle en forma esencial hasta el punto de hacerle dudar de la ciencia para aprehender la realidad. Este doble resultado del proceso científico parece contradictorio en sí mismo. En rigor es la doble cara de una misma verdad: la ciencia no es poderosa a pesar de su abstracción, sino justamente por ella» (U, 26-27). Y añade poco después: «El poder de la ciencia se adquiere gracias a una especie de pacto con el diablo: a costa de una progresiva evanescencia del mundo cotidiano. Llega a ser monarca, pero, cuando lo logra, su reino es apenas un reino de fantasmas» (U, 28-29). En tales planteamientos podría advertirse una crítica implícita del lenguaje en cuanto formulación (instrumento de formulación) del conocimiento científico. El reino de fantasmas que domina el hombre de ciencia estaría habitado por entes abstractos, por generalizaciones de realidad dudosa o ideal, difuminada y en todo caso ajena al mundo cotidiano. Pero el problema no es exclusivo del lenguaje científico, y se hace fácilmente extensible a todo lenguaje con pretensiones de rigor denotativo. La capacidad de abstracción o generalización es, sin más, una cualidad inherente del lenguaje, su posibilidad de ser, y Sábato se muestra consciente de su condición en diversas ocasiones, como en su dura crítica a la literatura conductista de Robbe-Grillet. De esa capacidad de abstracción depende tanto el poder de la ciencia como la operatividad del lenguaje en sí, frente a la caótica e inabarcable realidad de los hechos concretos. Que tal generalización constituye una adulteración de lo que se pretende representar es un problema ampliamente debatido en la filosofía occidental, planteado en toda su complejidad ya en el siglo XIV, por Guillermo de Occam, a propósito de los universales: el pensamiento nominalista señalaría el desajuste entre el lenguaje y la realidad, fomentando la especulación al tiempo que ponía de manifiesto la condición arbitraria de nuestro instrumento lingüístico. Con

ello contribuiría decisivamente al despegue del incipiente desarrollo científico y a la definitiva liquidación del Medievo.

Desde luego, no se trata de adscribir a Sábato a ninguna corriente precisa del pensamiento, lo que difícilmente toleraría, ni siquiera en su época de madurez, cuando parece profundamente emparentado con los planteamientos existencialistas. Se pretende poner de manifiesto su consciencia de problemas de indiscutible vigencia, y que buena parte del pensamiento y de la literatura contemporáneos han puesto de actualidad. De sus reflexiones sobre el conocimiento científico se podría deducir que éste se concibe —desde una óptica emparentable con la del pragmatismo (William James)— más como una creencia operativa que como comprobación científicamente verdadera, y los problemas que plantea en torno a la verdad histórica vienen a enriquecer la complejidad de un pensamiento profundamente afectado por la crisis epistemológica de nuestro tiempo. «Estimulados por diversas confusiones generosas —señala a propósito de "los profesores que sostiene la doctrina de los 'hechos'"—, mantienen que el historiador debe atenerse humildemente a los hechos. Pero, ¿cuáles? Imagino que ninguno de estos historiadores va a pretender atenerse a *todos,* ya que en ese caso habría que anotar no sólo la cantidad exacta de ganado vacuno existente en Nínive en el momento de su destrucción, sino, también y con sumo cuidado, la posición de las patas y el estado de sus sistemas nerviosos» (H, 25). La historia, como todo conocimiento organizado, implica selección, simplificación, abstracción en último término. Comentando la irritación que provocó la *Vida pública y privada de Sócrates,* de René Kraus, entre quienes aseguraban que nada o casi nada se sabía sobre el biografiado, Sábato ofrece otras observaciones de interés para el tema que nos ocupa: «Esto me parece, por el contrario, una gran ventaja. El arte crea los personajes históricos, y en cuanto a la vida de este filósofo, tiene la ventaja de que todavía permanece casi increada: está todo por hacer. Sus biógrafos pueden inventarlo sin prisa y realizar un trabajo limpio» (U, 99). Si antes había quedado patente la parcialidad inevitable de la historia ante la imposibilidad de ofrecer la multiplicidad de los «datos objetivos», ahora se manifiesta una concepción de la historia como ficción, reiterada en *Uno y el Universo* a propósito de Pitágoras. Si para Borges abolir el pasado equivale simplemente a quemar los anales que lo registran, para Sábato no hay otro pasado que el registrado en las historias, verdaderas o falsas. La realidad histórica (la verdad histórica) ya no depende de los «hechos reales» acontecidos, sino que adquiere una naturaleza eminentemente verbal. Sumadas estas consi-

deraciones a las ofrecidas a propósito del conocimiento científico, podrían extraerse conclusiones de largo alcance: que todo conocimiento no va más allá de las ideas que nos formamos de las cosas, e incluso, llevando tales conclusiones a los dominios del lenguaje, que nuestros conocimientos y pensamientos son inseparables de los esquemas lingüísticos en que se formulan. Sábato no avanza por este camino, pero algo queda de manifiesto, reiterado una y otra vez: el inevitable componente subjetivo de nuestros conocimientos.

Tal compónente subjetivo aparece como evidente en el caso de la historia (selección de unos datos en perjuicio de otros, valoración de los mismos, etc.), pero queda también apuntado a propósito de la ciencia, por cuanto factores como el método, el procedimiento o la posición del observador parecen acabar con toda pretensión de objetividad absoluta. Y es posible llegar más lejos: «Es preciso no olvidar que para Eddington —señala Sábato al comentar sus teorías sobre la expansión del Universo— el "mundo físico" no es el mundo exterior, sino el mundo fenoménico; para él, este mundo es parcialmente objetivo y parcialmente subjetivo y sólo nos es dado conocer lo que tiene de subjetivo. El hombre encuentra lentamente aquellos elementos que él mismo puso en la naturaleza: "Ha perseguido durante siglos las misteriosas huellas dejadas en la arena por alguien, hasta darse cuenta de que esas huellas eran las suyas propias"» (U, 57). Palabras semejantes emplea en la «Advertencia» de *Uno y el Universo* para referirse a su búsqueda personal: «Uno se embarca hacia tierras lejanas, o busca el conocimiento de hombres, o indaga la naturaleza, o busca a Dios; después se advierte que el fantasma que se perseguía era Uno-mismo.» La búsqueda de la verdad o del conocimiento de toda realidad exterior terminaría así constituyendo ya no sólo una interpretación subjetiva de esa realidad exterior, sino una indagación, quizá indirecta, en el propio sujeto, en la condición humana.

Es difícil determinar hasta qué punto la desconfianza en nuestros instrumentos cognoscitivos, en su capacidad para abordar o expresar lo demasiado complejo de la realidad concreta o del acontecer individual, ha podido influir en esa tétrica visión de la alienación, el desamparo y la incomunicación del ser humano que caracteriza a Sábato, pero parece íntimamente relacionada con sus planteamientos sobre cuestiones literarias. La condición subjetiva que se atribuye al conocimiento de la realidad exterior es evidente en sus críticas al realismo «ingenuo»: «Suponiendo posible la reproducción fiel del mundo externo —comenta a propósito de Stendhal—, no veo para qué esa inútil duplicación. Muchos se proponen este desatinado oficio de pa-

pel carbónico con tanta furia como ineficacia, por ignorar que el hombre es un papel carbónico que presta a la realidad externa su propio color» (U, 59). Y páginas más adelante: «La causa de tantas interminables discusiones sobre el realismo en el arte hay que buscarla en la tendencia de la mente a dividir y cristalizar lo que está unido y en movimiento. Los realistas ingenuos parten de la base de que fuera del hombre hay un mundo que puede ser conocido o descrito o pintado independientemente de nuestras características sensoriales e intelectuales. Pero la realidad no está solamente fuera, sino también dentro del hombre, constituida por una unidad sujeto-objeto que no puede ser escindida. El conocimiento es la manifestación de esta interacción entre el mundo exterior y el hombre» (U, 119). Toda visión del mundo exterior, en consecuencia, es subjetiva, también la científica en cierta medida. Y con mayores motivos la que se ofrece en una obra de arte, con lo que Sábato parece ponerse en guardia contra ese sector abundante de la crítica empeñado en alabar o condenar al escritor según acierte a reflejar lo que se presupone la realidad, olvidando que toda visión del mundo es personal, acorde con la sensibilidad de un individuo y de un momento histórico determinado: «El arte de cada época trasunta una visión del mundo, *la* visión del mundo que tienen los hombres de esa época y, en particular, el concepto que esa época tiene de lo que es *la* realidad. La civilización burguesa tiene también su concepto: es el de una realidad *externa y racional*. Esto sí que significa una deshumanización, porque la genuina realidad incluye al hombre, ¿y desde cuándo el ser humano está desprovisto de interioridad y cómo es posible suponer que el hombre sea solamente racional» (HE, 88). Desde cualquier perspectiva parece llegarse a la conclusión de que todo conocimiento válido ha de tener en cuenta al ser humano, y que toda indagación ha de constituir, en último término, un intento de profundizar en su compleja condición. Al cabo los razonamientos de Sábato en contra del conocimiento científico —con los abundantes argumentos que le proporcionan las catastróficas consecuencias en que, sobre todo en nuestro siglo, ha desembocado el dogma del progreso— se apoyan en el empobrecimiento que supone en la percepción del universo, ignorante de los sonidos, colores, olores, afectos, pasiones, valores, y, en suma, del hombre: «La ciencia estricta —es decir, la ciencia matematizable— es ajena a todo lo más valioso para el ser humano: sus emociones, sus sentimientos de arte o de justicia, su angustia frente a la muerte. Si el mundo matematizable fuera el único mundo verdadero, no sólo sería ilusorio un palacio soñado, con sus damas, juglares y palafreneros; también lo serían los

paisajes de la vigilia o la belleza de una fuga de Bach. O por lo menos sería ilusorio lo que en ellos nos emociona» (U, 31). Las pretensiones de llevar los procedimientos científicos a la literatura, como se advierte en ciertas novelas de aventuras y sobre todo en las policiales, incurren en limitaciones semejantes, al suprimir los caracteres verdaderamente humanos. «La necesidad y el rigor —arguye al comentar el prólogo de Borges a *La invención de Morel*— son atributos de la lógica y de la matemática. Pero, ¿cómo ha de ser posible aplicarlos a la psicología si ni siquiera son aptos para aprehender la realidad física? Como dice Russell, la física es matemática no porque sepamos mucho del mundo exterior, sino porque lo que sabemos es demasiado poco» (U, 23).

Propuesta la tesis de que la vida humana ha de ser el objetivo último del conocimiento, y de que ésta «desborda los esquemas rígidos, es contradictoria y paradojal, no se rige por lo razonable, sino por lo insensato» (EF 126), se concluye proclamando la superioridad del arte frente a una ciencia incapaz de dar respuesta a los interrogantes que la humanidad se ha venido planteando a lo largo de los siglos: «Frente al marmóreo museo de los símbolos matemáticos, estaba el hombre individual, que al fin y al cabo tenía derecho de preguntarse para qué servía todo ese aparato de dominio del mundo si no servía para resolver su angustia ante los eternos enigmas de la vida y de la muerte. Frente al problema de la esencia de las cosas se erigió el de la existencia del hombre. ¿Tiene algún sentido la vida? ¿Qué significa la muerte? ¿Somos un alma eterna o meramente un conglomerado de moléculas de sal y tierra? ¿Hay Dios o no? Estos sí que son problemas importantes. Todo lo demás, como bien dice Camus, es en el fondo un juego de niños: la ley de la gravitación, la máquina de vapor, los satélites de Júpiter y hasta el señor Kant con sus famosas categorías. ¡Al diablo con el razonamiento puro y la universalidad de sus leyes! ¿Acaso el que razona es un Filósofo Abstracto o yo mismo, transitorio y mísero individuo? ¿Qué importa que la Razón Pura sea universal y abstracta si El-que-razona no es un dios desprovisto de pasiones y sentimientos, sino un pobre ser que sabe que ha de morir y que de esa muerte carnal y suya no lo podrá salvar Kant con todas sus categorías? ¿Qué célebre conocimiento es ese que nos deja solos frente a la muerte?» (HE, 78-79). Razonamientos semejantes abundan en los escritos de Sábato, desautorizando una y otra vez a la ciencia y la razón como posibilidades de acceso al hombre y su destino. El arte y la literatura se constituyen paralelamente en formas de conocimiento, capaces de recuperar lo subjetivo, lo emocional, lo sentimental.

La novela resulta, desde luego, la principal beneficiaria de esa rebelión contra el racionalismo que parece el signo de nuestra época, aunque cuente con numerosos antecedentes. Sábato invoca con frecuencia en su apoyo a Kierkegaard, a Dostoievsky, a Nietzsche, a Husserl. De sobra conocida es su teoría de la novela como género impuro (como la historia y su protagonista, el hombre), inseparable del concepto de novela «total»: «En toda gran novela, en toda gran tragedia, hay una cosmovisión inmanente. Así, Camus, con razón, puede afirmar que los novelistas como Balzac, Sade, Dostoievsky, Proust, Malraux y Kafka son novelistas filósofos. En cualquiera de estos creadores capitales hay una *Weltanschauung,* aunque más justo sería decir una "visión del mundo", una intuición del mundo y de la existencia del hombre; pues a la inversa del pensador puro, que nos ofrece en sus tratados un esqueleto meramente conceptual de la realidad, el poeta nos da una imagen total, una imagen que difiere tanto de ese cuerpo conceptual como un ser viviente de su solo cerebro. En esas poderosas novelas no se demuestra nada, como en cambio hacen los filósofos o cientificistas: se muestra una realidad. Pero no una realidad cualquiera, sino una elegida y estilizada por el artista, y elegida y estilizada según su visión del mundo, de modo que su obra es de alguna manera un mensaje, *significa algo,* es una forma que el artista tiene de comunicarnos una verdad sobre el cielo y el infierno, la verdad que él advierte y sufre. No nos da una prueba, ni demuestra una tesis, ni hace propaganda de un partido o una iglesia: nos ofrece *una significación*» (EF, 202). Con tales presupuestos aborda lo que es o debe ser la novela, rechazando de plano las pretensiones de objetividad del realismo decimonónico, haciendo del subjetivismo una virtud, y confiándole la misión de indagar en la condición hombre cuando hasta la filosofía ha dejado al descubierto sus limitaciones: «La filosofía, por sí misma, es incapaz de realizar la síntesis del hombre disgregado: a lo más puede entenderla y recomendarla. Pero por su misma esencia conceptual no puede sino recomendar conceptualmente la rebelión contra el concepto mismo, de modo que hasta el propio existencialismo resulta una suerte de paradójico racionalismo. La auténtica rebelión y la verdadera síntesis no podía provenir sino de aquella actividad del espíritu que nunca separó lo inseparable: la novela. Que por su misma hibridez, a medio camino entre las ideas y las pasiones, estaba destinada a dar la real integración del hombre escindido; a lo menos en sus más vastas y complejas realizaciones. En estas novelas cumbres se da la síntesis que el existencialismo fenomenológico recomienda. Ni la pura objetividad de la ciencia, ni la pura subjetividad

de la primera rebelión: la realidad desde un yo; la síntesis entre el yo y el mundo, entre la inconsciencia y la conciencia, entre la sensibilidad y el intelecto» (EF, 20).

Dictaminada la preeminencia de la novela —de la novela «metafísica», habría que puntualizar— sobre toda otra posibilidad de conocimiento, podría delimitarse su área de investigación: el hombre, desde luego. Y todo cuanto tenga que ver con él: el amor, la incomunicación, la muerte, el sentido de su existencia, sus relaciones con el universo. Sábato insiste especialmente en la indagación de los «abismos», que parecen incluir cuanto de irracional ofrece la tan mentada condición humana. La novela debe recuperar para el hombre la integridad de un tiempo remoto, cuando la poesía, la filosofía y la magia constituían una única manifestación del espíritu en busca de respuestas sobre su destino y de conocimientos sobre el cosmos; algo que en alguna medida han ofrecido los grandes escritores de todos los tiempos: Sófocles, Dante, Shakespeare... Pues «no es el pensamiento puro el que nos descubre la realidad profunda de un pueblo, sino el mito y la ficción» (H, 108). Por suerte, «nunca como hoy la novela estuvo tan cargada de ideas y nunca como hoy se ha mostrado tan interesada en el conocimiento del hombre. Es que no se debe confundir conocimiento con razón. Hay más ideas en *Crimen y castigo* que en cualquier novela del racionalismo. Los románticos y los existencialistas insurgieron contra el conocimiento racional y científico, no contra el conocimiento en su sentido más amplio. El existencialismo actual, la fenomenología y la literatura contemporánea constituyen, en bloque, la búsqueda de un nuevo conocimiento, más profundo y complejo, pues incluye el irracional misterio de la existencia» (EF, 11). Precisando más: «La tarea central de la novelística de hoy es la indagación del hombre, lo que equivale a decir que es la indagación del Mal. El hombre real existe desde la caída. No existe sin el Demonio: Dios no basta» (EF, 184).

La búsqueda del novelista contemporáneo termina, pues, por admitir una formulación cuasi teológica. Cuando se ha insistido en la incapacidad o dificultad de la lógica y la matemática para aprehender la realidad, cuando una y otra vez se ha señalado la inapresable complejidad de la condición humana, no deja de ser llamativa tanta confianza depositada en un género literario. La novela es, al cabo, un hecho de lenguaje, y el lenguaje apenas permite un conocimiento parcial y abstracto. Progresivamente Sábato parece desentenderse de los problemas de índole gnoseológica o epistemológica para postular, sin más, el planteamiento de los problemas del hombre en el ámbito

poético, en actitud relacionable según los casos con la de surrealistas y existencialistas. Sobre el tipo de conocimiento que la literatura permite alcanzar son de especial interés sus reflexiones en torno a la metáfora. «Desde Vico sabemos —escribe contra Robbe-Grillet— que la metáfora no es un adorno, ni una hinchazón del lenguaje, ni esa joya que suponían los retóricos latinos, sino el único modo que tiene el hombre de expresar el mundo subjetivo» (EF, 46). La misión de este lenguaje, «absurdo pero eficaz», «no es comunicar las abstractas e indiscutibles verdades de la lógica o de la matemática, sino las verdades de la existencia, vinculadas a la fe o a la ilusión, a la esperanza o a los terrores, a las angustias o a las convicciones apasionadas» (EF, 47). Ya en *Uno y el Universo* se lee que «las metáforas son eficientes en la medida en que se alejan del objeto a que aluden», y que «*la metáfora es útil precisamente porque representa algo distinto.* Pero no *totalmente* distinto; lo que quiere decir que hay un núcleo común, hundido y oculto por los atributos exteriores; y tanto más lejana es la metáfora, menor es el número de atributos comunes y más profundo es, por lo tanto, el núcleo idéntico. De ahí ese poder de alcanzar esencias profundas que tiene la poesía» (95). Si nuestros recursos intelectuales resultan incapaces de descubrir el ordenamiento último del universo, tal vez la sabiduría radique en la formulación tropológica, capaz de atisbar el abismo a través de la referencia y el asedio metafóricos, pues, concluye Sábato: «se ha argumentado repetidas veces que la metáfora tiene un valor psicológico, que actúa por deslumbramiento. Me parece, más bien, que tiene un valor ontológico, que actúa por alumbramiento de los estratos más profundos de la realidad» (U, 96).

De tales consideraciones podría deducirse la superioridad gnoseológica de la poesía sobre otras manifestaciones literarias, pero pueden extenderse a éstas sin mayores dificultades: «La prosa es lo diurno, la poesía es la noche: se alimenta de monstruos y símbolos, es el lenguaje de las tinieblas y los abismos. No hay gran novela, pues, que en última instancia no sea poesía» (EF, 158). El verdadero conocimiento, en todo caso, parece residir en iluminaciones o intuiciones fugaces que nos descubren el misterio del universo y del hombre, recuperando su esencial complejidad mediante la recuperación de lo irracional, la supresión de la relación intelectual con la realidad. La aproximación tropológica, puede deducirse, permite evitar las abstracciones por las que opera el pensamiento y que lo alejan de lo concreto, sugiriendo a través de enunciados verbales con capacidad connotativa lo que resulta imposible de denotar. Sin duda subyace la convicción de

las dificultades del lenguaje para abordar el ámbito de sus presuntos referentes, difícilmente conciliable con esa otra pretensión de Sábato de rescatar la ilimitada, caótica e inabarcable concreción de los hechos individuales. De sus reflexiones sobre la metáfora puede concluirse que de la literatura se espera una especie de revelación, una formulación tropológica para lo inefable, una forma de conocimiento místico. No es casualidad que en *El escritor y sus fantasmas* se incluya esta reflexión de H. Delacroix: «La creación artística se asemeja en ciertos aspectos a la contemplación mística, que puede ir también desde la oración confusa hasta las visiones precisas» (36).

No vamos a entrar en las limitaciones del conocimiento obtenido a través de la literatura. Sábato no se las plantea, y garantiza para la novela un extraordinario futuro: «Cómo puede suponerse en decadencia un género con semejantes descubrimientos, con dominios tan vastos y misteriosos por recorrer, con el consiguiente enriquecimiento técnico, con su trascendencia filosófica y con lo que representa para el atormentado hombre de hoy, que ve en la novela no sólo su drama, sino que busca su orientación. Por el contrario, pienso que es la actividad más compleja del espíritu de hoy, la más integral y la más promisoria en este intento de indagar y expresar el drama que nos ha tocado vivir» (EF, 93-94). Con la misma suficiencia e idéntico optimismo ha hecho del escritor (de novelas «problemáticas», desde luego), un explorador o descubridor, el Gran Testigo de los sueños colectivos, de la condición del hombre contemporáneo y todas sus circunstancias. Espléndida justificación de su propia tarea.

TEODOSIO FERNANDEZ

Avila, 41, 6.º B
Móstoles
MADRID